

«Al ver a Jesús, se postraron . . . ». Ellos se postraron ante Jesús, una acción un judío haría sólo ante Dios. «. . . aunque algunos titubeaban . . . » Nosotros podemos estar perplejos que después de todo el tiempo con Jesús, después de todo lo que habían visto y oído, «algunos titubeaban». Pero creo que podemos entender su duda cuando pensamos en su experiencia. Habían estado presentes con Jesús, conociendo como un hombre de carne y sangre, durante tres años, caminando, hablando, y compartiendo comida con él mientras caminaban a través del campo de pueblo en pueblo. Tiene sentido que se preguntarían, «¿Podría este hombre que conocemos tan bien, podría Jesús ser propio Dios?» Entonces oyeron a Jesús decirles, «Me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra». Además «una nube lo ocultó de sus ojos». ¿Podría Jesús ser Dios?

Desde la resurrección de Jesús la luz estaba encontrando un camino, poco a poco, en la oscuridad de los corazones de los discípulos. Habían comenzado, por lo menos a veces, comprender las palabras que habían oído a Jesús hablar: «Yo y el Padre somos una sola cosa» (San Juan 10:30), «El Hijo del Hombre es Señor y tiene autoridad sobre el Sábado» (San Lucas 6:5), y «En verdad les digo que antes que Abraham existiera, Yo Soy» (San Juan 8:58). «Yo soy.» «Yo soy» es el nombre divino que Dios le había revelado a Moisés. «Yo soy» es una traducción del nombre Yahvé.

Pero algunos de los apóstoles todavía estaban en apuros para captar lo que habían visto y escuchado. San Pablo entendió bien esta duda. En la segunda lectura de hoy escuchamos sus palabras. Entendió tanto la duda como también entendió que la duda puede ser cambiada en la fe. Esto fue su experiencia personal, y así oró que los Efesios y que nosotros podamos recibir esta fe. «[Pidió] al Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la gloria, que [nos] conceda espíritu de sabiduría y de reflexión para conocerlo» y que nuestras mentes puedan ser iluminadas para que nosotros podríamos aceptar que el hombre, Jesús de Nazaret, ahora sentado al diestra de Dios, es por eso igual a Dios y él sí mismo es Dios.

Nosotros ciertamente necesitamos esta fe. Pero nosotros, lo más probable, tenemos el problema opuesto. Nuestra pregunta puede ser, «¿Es el Dios que adoramos y alabamos también un hombre, un hombre de carne y sangre y huesos?» Eso es lo que nuestra fe nos enseña, que Dios, tangible y visible, ascendió este día.

¿Por qué están de pie asombrados los once apóstoles, «[mirando] fijamente al cielo»? ¿Podría haber alguna otra respuesta antes de tal revelación? También nos asombraríamos si nosotros podríamos comprender verdaderamente, completamente dentro de nuestros corazones que Dios es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos. Sí, es verdad. Jesucristo, el Dios que adoramos es un ser humano como nosotros. Ésta es la buena nueva del Evangelio, que no sólo Dios está con nosotros, sino que él es uno de

Homilía del 28 de Mayo de 2017

nosotros, y que este mismo Señor Jesús, que está sentado a la diestra del Padre, aparentemente ausente de nosotros, está presente con nosotros hasta el fin de el tiempo.

Recordamos la historia de Cleofás y el otro discípulo, que estaban en su camino a Emaús cuando el Jesús resucitado se unió a ellos. Aunque no lo reconocieron cuando caminó y habló con ellos a lo largo del camino, lo reconocieron cuando se sentaron a la mesa con Jesús en «el partir el pan». A ese punto Jesús, el Dios/hombre, desapareció. Ahora, hoy, Jesús está aquí con nosotros en la Eucaristía, el partir el pan, y él nos invita a comer juntos a su mesa como hermanas y hermanos.

Antes que ascendió, Jesús prometió estar con nosotros siempre. Y él está con nosotros. No sólo está él presente en la Eucaristía, sino está presente en muchas otras maneras también. San Agustín escribió lo siguiente en una homilía sobre el Evangelio según San Juan: «Nuestra Cabeza a punto de ascender al cielo encomendó a sus miembros en la tierra a nosotros», y «a Saúl, el perseguidor [de la Iglesia, quién conocemos como San Pablo, a él Jesús] le dijo desde el cielo: «Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?» Es decir, he ascendido al cielo, pero todavía yo permanezco en la tierra; aquí me siento a la diestra del Padre, pero allí todavía tengo hambre, tengo sed, y soy un forastero». En el Evangelio Jesús nos dijo: «. . . donde están dos o tres reunidos en mi Nombre, allí estoy yo, en medio de ellos» (San Mateo 18:20). Y nos dijo, «Si alguien me ama, guardará mis palabras, y mi Padre lo amará. Entonces vendremos a él para poner nuestra morada en él» (San Juan 14:3).

Éstas son las promesas del Señor Jesús. Por lo tanto, nunca estaremos solos, aunque ninguna otra persona está con nosotros. El Señor Jesús está a nuestro lado cada día como aquellos que son más cercanos y más queridos a nosotros, pero también está presente cuando alguien nos pide ayuda, cuando un enfermo nos necesita, aun cuando una persona nos pide un taza de agua. Como Jesús mismo nos dijo, «cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí» (San Mateo 25:40).

Hoy celebramos el día cuando el Señor Jesús se fue al Padre, pero todavía él está con nosotros. A veces necesitamos esta seguridad más que otras. Éste es uno de aquellos tiempos. Y en estos tiempos de incertidumbre, ansiedad, y miedo, necesitamos recordar que Jesús siempre está presente. No hay ningún lugar donde ni tiempo cuando él nos abandonará; él está siempre con nosotros . . . en la iglesia, en casa, con amigos, en las calles, en la soledad de la hora de la muerte, en el hospital, en la carretera manejando. El Señor Jesús ha ido a estar con el Padre, pero su despedida no lo toma de nosotros; su partida intensifica su presencia entre nosotros y dentro de nosotros. Ahora y siempre podemos descansar en esta promesa segura y cierta.